

Contra la violencia

Por Eduardo Posada Carbó*

Contra la violencia es el título del último libro publicado por el historiador español y Vicepresidente de la Fundación Ortega y Gasset, José Varela Ortega (Hiria: Alegia, 2001). Es un libro admirable desde muchos aspectos: por su abrumadora erudición, por su valerosa defensa del constitucionalismo español frente a las actitudes extremistas del nacionalismo vasco que encuentran su expresión en el terrorismo de ETA, y por su rica narración donde se mezclan la profundidad del análisis con la anécdota. Sobre todo, como su título lo indica, el libro es una franca denuncia de la sin razón del uso de la violencia como arma política, y una advertencia a quienes creen en la posibilidad de negociar con quienes se aferran al terror para destruir la democracia. Según el catedrático Jon Juaristi, el ensayo de Varela Ortega "constituye... un instrumento, un arma intelectual de primer orden para el combate político contra el mayor enemigo de nuestra libertad". Juaristi se refiere en particular a la libertad de "todos los españoles", pero hay en este texto lecciones para otros países arrinconadas por el terror.

Comparar distintas sociedades en distintos períodos, o una misma sociedad a través del tiempo son siempre ejercicios atrevidos. Varela Ortega no le teme a estas aventuras. El libro se nos presenta como unas reflexiones "a propósito del nacional-socialismo alemán y del vasco". Pero las reflexiones se extienden también al pasado español - al siglo diecinueve y, por supuesto, a la experiencia de la Guerra Civil. Y, en medio de saltos históricos y geográficos, el autor examina críticamente la sociología revolucionaria sobre la cual se ha justificado tradicionalmente la violencia.

"Primero el poder, luego la política", dijo Hitler en algún momento. Varela Ortega

revisa la carrera del nacional-socialismo para demostrar cómo todo movimiento con fines totalitarios se sirve del espejismo político de sus contrarios para imponer finalmente la dominación tiránica. Tal espejismo consiste en creer que las organizaciones totalitaristas son asimilables por la democracia. Hasta cierto punto es también un espejismo inducido por el uso del terror, y por esa "sensación de indefensión e impunidad" que, en consecuencia, va "adueñándose del ambiente". El terror, utilizado con maligna inteligencia, tiene la capacidad efectiva de "explotar, hasta el desconcierto y desesperación de gobiernos y políticos democráticos, los resquicios de una estructura legal garantista". El nazismo, pues, no era inevitable. Su apropiación de todo el poder fue posible gracias a la incapacidad política de sus opositores demócratas, quienes no supieron comprender "la naturaleza violenta y revolucionaria de aquel movimiento radicalmente inasimilable".

La Guerra Civil española tampoco era inevitable. Si una revisión de la experiencia alemana con el nazismo le sirve a Varela Ortega para advertir los peligros de pretender integrar política e ingenuamente a los terroristas de ETA, una lectura del pasado español le es útil para subrayar la futilidad de toda violencia. ¿Partera de la historia? Los horrores de la Guerra Civil no dejaron resultado positivo alguno: la guerra "no arregló nada. No sirvió para nada más que para, ensangrantándolo todo, emponzoñarlo todo durante décadas". Destrucción, bloqueos, retrasos: éstos fueron los resultados. "Todos perdieron", dijo Azaña, "incluso los que vencieron". Fue además una pérdida duradera: casi medio siglo sin autonomía para la generalidad de los españoles. ¡Que no se olvide!, advierte Varela Ortega: "a ver si recobramos una cierta sobriedad ante el despropósito, la ilegalidad, la impunidad y la violencia, para preservar... la libertad".

Las experiencias de otros, y las del propio pasado, no pueden ignorarse impunemente. En aquellos medios en los que el terror logra arraigarse, las ventajas quedan en manos de los más bárbaros, cuyas acciones sanguinarias desatan "una espiral de violencia que raramente pueden controlar". Y esta espiral desemboca

casi siempre en la opresión, en la tiranía. Varela Ortega invita por ello a vascos y españoles a meditar sobre la naturaleza totalitaria de ETA, una organización que no surgió de "carencias insoportables". La violencia etarra, como lo recuerda Juan Pablo Fusi, no es un "resultado histórico inevitable sino una acción deliberada". El terrorismo es para ellos una "estrategia de poder". Varela Ortega señala los serios problemas que enfrenta el País Vasco, donde una parte de la sociedad "ha decidido aprender a convivir con la opresión, la injusticia y el crimen, a tolerarlo, disculparlo y hasta justificarlo".

¿Qué hacer? Ante todo, hay que tener claridad conceptual. No solo sobre el terrorismo y la violencia revolucionaria. Sino también sobre la naturaleza de la democracia. Varela Ortega hace muy bien en aclarar que la democracia no es un sistema de consensos y acuerdos, excepto "en la forma civilizada y pacífica de gestionar los desacuerdos. Los conflictos políticos son la vida normal de la democracia". La violencia es la negación de la política. Frente a la violencia, la respuesta democrática tiene que cuidar su propia existencia. Varela Ortega advierte los efectos perversos de los intentos de integrar políticamente a quienes, por su radicalización y "gusto romántico por el primitivismo y el culto a la violencia", se vuelven inasimilables dentro de una democracia. Existen además claros límites en lo que cualquier democracia puede negociar. "Los principios", observa Varela Ortega, "... no son negociables". Y es que los principios no son del Estado sino de los individuos, así que ningún gobierno puede tener competencia para negociar con ellos: "nada ni nadie debía estar por encima de los derechos individuales fundamentales". Varela Ortega adelanta además una proposición que vale la pena retener: "Cuanto más civilizada es una sociedad, más se vota pero es también menor la parte de la realidad que se vota".

La respuesta al terrorismo, según Varela, no puede ser la impunidad, ni la complacencia, ni la "represión incompetente", tampoco la "represión indiscriminada" o generalizada. La respuesta está en "la represión disuasoria y el

interés por la ley y el orden como garantía de libertad", la fórmula de las democracias liberales que se fundamenta en "la filosofía política anglosajona en tradiciones muy distintas a las del universo filosófico de la revolución francesa". En cualquier caso, frente a la amenaza totalitaria, el Estado no puede hacer cosa distinta de combatirla de "manera implacable pero inteligente", como "fundamento de una paz integradora": "encarecer el desafuero y penalizar la violencia". José Varela Ortega concluye su ensayo con un llamado para construir un "patriotismo constitucional", a través de un nuevo discurso "y hasta una simbología respetable, contundente, segura y templada" que defienda sin complejos las conquistas de la democracia, en particular de la española. Su mensaje final, en favor de las libertades, es no dejarnos confundir por la violencia: "Sin pensar, estamos literalmente perdidos; es decir, desconcertados - que es el objetivo de los terroristas".

* Eduardo Posada Carbó es asesor permanente de la Fundación Ideas para la Paz. Sus artículos quincenales son elaborados especialmente para nuestras redes de información. Posada Carbó es abogado con especialización en ciencias socioeconómicas de la Universidad Javeriana, máster en Estudios Latinoamericanos y doctor en Historia Moderna de la Universidad de Oxford. Es autor y editor de varios libros y ensayos y columnista del diario *El Tiempo*.